

y cuya ausencia no duró mucho tiempo, pues al encontrarle sus padres, muy distante de su hermana, bajo una bóveda tejida por ramas de arbustos en un campo contiguo al templo del Señor de los Trabajos, y al escuchar de sus labios la significativa causa de su separación, olvidaron el sufrimiento y suspendieron el castigo, enagenadas sus almas de gozo y de placer.

Era tal su anhelo por el sacerdocio y la santidad, que desde muy niño formaba altarcitos y ensayaba la misa.

Como su afán era adquirir los conocimientos que lo hicieran capaz de recibir el sacerdocio y desempeñar debidamente el ministerio, con la bendición de sus padres tomó el hábito de religioso en el convento de Nuestra Señora de la Merced de aquí, el 7 de Diciembre de 1833, permaneciendo en su seno algún tiempo y pasando por circunstancias imprescindibles al de Merced de las Huertas de México, en cuya casa santificado con las virtudes de los grandes hombres que Dios mandara allí para hacerse admirar en sus santos, encontró su alma cuanto deseaba, y siguiendo la huella de sus mayores, que el tiempo no ha podido borrar, y animado con el ejemplo de

sus hermanos, tuvo su espíritu aquellos adelantos raros que de vez en cuando concede Dios á los suyos: porque además de las horas que las reglas señalan para la oración mental en comunidad, dedicó otras á este santo ejercicio, para tratar de continuo con su amado, que lo era Dios en grado muy alto, bajo la advocación de la preciosa sangre de Cristo, cuya devoción debió á otro religioso carmelita, y conseguir la gracia de ser un ministro fiel, un mercedario digno de tal nombre, un soldado de Jesucristo, invencible en los frecuentes y formidables ataques que desde muy temprano le dió el demonio, enemigo tanto más cruel y tenaz de este Padre, cuanto más conocía su mérito y los brillantes triunfos que en el discurso de su vida había de obtener sobre él.

Antes de su profesión, efectuada el 14 de Diciembre de 1834, siendo Presentado y Comendador, el P. Fr. Bernardo Benavidez, y padrino el P. Fr. Luis G. Gamez, y en el tiempo del noviciado, estuvo pronto á los preceptos de sus superiores, cual si tuviera voto de obediencia, y cumplió con los oficios que en su clase debía desempeñar, con la humildad que le fué congénita, y con la alegría



de ánimo que se goza cuando se vive en una comunidad observante, y bajo las reglas que Dios dispensa á sus santos y llena los deseos del corazón. No tanto el púlpito como el confesonario, fueron el teatro donde campeó su celo apostólico, por la gloria de Dios y la salvación de las almas; pues en aquel, á la concisión y claridad de sus imponentes pláticas doctrinales añadió la unción divina, que Dios daba á sus palabras y en este desde los primeros días de su sacerdocio hasta los últimos meses de su vida, por las mañanas, por las tardes y aun por las noches. se le encontraba pronto á desempeñar tan angusto ministerio. Los hombres de alta categoría y los de las clases ínfimas, los comerciantes y los artesanos, los extranjeros y los patricios, los viejos y los niños, los justos y los pecadores, lo mismo que las señoras más distinguidas y las mujeres más pobres, todos ansiaban depositar en él los secretos de su conciencia, manifestarle las aflicciones de su espíritu, descubrirle las llagas gangrenadas de su alma, y derramar á sus piés las consoladoras lágrimas de una verdadera contrición. Sus brazos se abrían para estrechar en su pecho al hijo pródigo que volvía á la casa paterna;

como el gran Ambrosio, mezclaba sus lágrimas con las del penitente y casi ahogaba su garganta por la fuerte impresión que sentía, él pronunciaba las palabras de vida eterna, que anudando de nuevo las relaciones íntimas entre el Criador y la criatura, entre el hombre y Dios, le daban derecho á los bienes de la gloria; *yo te absuelvo*, y estas palabras divinas que algunas veces oímos postrados á sus piés, eran el dulcísimo néctar que embriaga en celestiales delicias el corazón del pecador.

Con justa razón era generalmente buscado para que confesase y dispusiese á los enfermos graves próximos á la muerte. Los que en la carrera de los vicios se habían olvidado del último día de su vida, volvían sus ojos al amigo de Dios confiados en que les aseguraría una feliz eternidad, lo buscaban también las almas justas que, temblaban en sus últimas horas á la terrible vista del tribunal de Dios. ¿Quién no encontró en el P. Huesca cuanto desear pudiera en tan amarga situación? ¿Quién no vio en él la compasión y el cariño de una madre tierna que enjuga las lágrimas á su hijo, que lo estrecha en sus brazos y que lo acaricia con toda la



expresion de su amor? Allanaba cuantas dificultades presentaban una conciencia criminal y una vida escandalosa: atendia á la reparacion de los males, á la restitution de la honra y de los bienes mal adquiridos, y consultando al estado del enfermo y á lo ejecutivo de la enfermedad, cumplia con los deberes de juez, sin desatender los oficios de padre. Con los plenos poderes y absoluta autoridad recibida de Jesucristo, derrama sobre el agonizante los tesoros en que abunda el sacramento de la penitencia, y entónces la sonrisa aparecia en aquel semblante pálido y estenuado, publicando el gozo en que rebozaba su alma, al oir de la boca de este sacerdote las palabras del Salvador divino:—*Ten confianza, hijo mio, que perdonados son tus pecados.*

El gran nombre que en las funciones del santuario habia adquirido lo hizo el oráculo á quien todos y para todo se consultaba. Para el arreglo de testamentos: para las transacciones de juicios civiles: para la devolucion de bienes ajenos; para emprender algun grave negocio ó cualquiera obra importante: para abrazar estado: para contratos mercantiles en que se temia haber usura; para todo lo que a-

fectaba el hombre como individuo de la sociedad ó hijo de la Iglesia, era generalmente consultado; su aposento estaba visitado constantemente por toda clase de gentes, y las más veces que salia á la calle era para arreglar aquellos asuntos que á su eficacia y caridad se encomendaban.

Como el apóstol, el P. Huesca era todo para todos, y esta verdad universalmente reconocida, nunca quedó ociosa; apenas habia alguno que no volviese á él los ojos en sus aficciones. Para conciliar la paz en las familias y convenir las voluntades de los casados que vivian en discordia ó separados; para dar asilo á la doncella cuya inocencia peligraba; á la huérfana desvalida; á la viuda desamparada; para proporcionar recursos al padre de familia que no tenia un bocado de pan para saciar el hambre de sus hijos; para que se interesase por los reos de diversos delitos políticos ó criminales, ya para que se les diese la libertad, ya para aliviar su situacion desgraciada; para que extendiese certificados que vindicasen la honradez, aytitud y buen manejo de algunos funcionarios públicos injustamente calumniados; hasta para facilitar la entrada á los colegios á algunos jóvenes de mez-



quina suerte; todos, en suma, y para todo, buscaban al P. Huesca aún á las horas de comer y dormir, como dispuesto siempre á favorecerlos con su influjo, con sus relaciones, con su respetabilidad, con sus escasos recursos, con sus consejos, cuando ménos, que teniendo poderoso ascendiente sobre el corazón, los auxiliaba en las aflicciones dándoles una cristiana conformidad, para merecer en ellas; este era su carácter. Carácter propio de los grandes hombres en el idioma de la adorable religion católica.

Nada digo de las fundaciones de los santuarios, de los sagrados Corazones de Jesus y de Maria, ni de la de la Santa Casa Lauretana, ni de la ereccion de la capilla de San Dieguito, sobre las ruinas y con los escombros del demolido templo de San Sebastian, ni de la iglesia de la Preciosa Sangre de Cristo en el pueblo de Ocotlán, ni de la que pretendió edificar bajo su direccion el actual general Cuellar, en su hacienda de San Mateo Tepetlita, contigua á San Martin Texmelucan, ni de la reposicion del templo del Señor de la Misericordia, con el fin de consagrarle al olvidado culto de Señor San Joaquin, porque Puebla conoce bien sus afanes relativos, consignados

ya en el calendario del immaculado Corazon de Maria, el año antepasado. En las pestes, en las guerras civiles, en todas partes dió nuevos testimonios de su caridad evangélica, no manifestándose indiferente á las exigencias públicas.

Hubo un tiempo en que la piedad cristiana y los recursos con que contaban nuestros padres, facilitaron la ereccion de conventos que como robustos cedros se elevan en el fértil campo de la Iglesia, y á su sombra se hacian admirar del mundo las ciencias y la santidad; pero nuestro siglo poco religioso y empobrecidos sus hombres por causas que ni los niños ignoran, no era en verdad el más á propósito para concebir esta empresa que debía realizarse con limosnas, y que tenia además que luchar con el odio y animosidad con que se miran estos establecimientos, y á pesar de tales consideraciones, el P. Huesca puso su confianza en la Providencia, y fabricó esta casa de asilo del Corazon de Jesus, porque cedía en gloria de Dios que hubiese un plantel más, en el que almas inocentes, renunciando por Dios al mundo y sus placeres en la primavera de la edad, se consagrasen á servirle y á rogar en sus oraciones por las necesida-



des de la Iglesia y del Estado, por la conversión de los pecadores y particularmente por la de sus gratuitos enemigos. Como las limosnas colectadas en el casco de la ciudad no alcanzasen para los gastos de la obra, salía á los pueblos á proporcionar mayores recursos, pues tratándose de la gloria de Dios, de buena voluntad hacia cualquier sacrificio: al pedir la limosna, de unos era bien recibido, y logró regulares cantidades; de otros, esperanzas que no se realizaron; de la mayor parte sumas de poca importancia, y de muchos, solo fué criticado y aún ridiculizado por la empresa que acometia y por la difícil época en que intentó llevarla á cabo; mas á costa de estos sacrificios continuó su obra y por fin logró que estuviese capaz de su objeto, aunque sin concluirse aún, como lo estamos presenciando.

En cuanto á la devocion de la Santísima Virgen María, bastará decir que fué uno de sus amantados hijos, y bajo este título tan poderoso para atraer á ella todos los corazones, la amó con aquel entusiasmo é interés, con aquel cariño fino y obsequioso que tanto le recomendaban. Siempre que hablaba de la Santísima Virgen María y principalmente de

su immaculado Corazon, cualquiera que fuese el misterio ó advocacion de que se trataba escogia al nombrarla, las palabras más tiernas y afectuosas, para encomiar su dulzura y su prodigiosa virginidad. Cuidó de tener en su aposento muy buenas pinturas y esculturas de la madre de Dios, y á su ejemplo se extendió esta devocion en las familias; la tenia además en sobresalientes cuadros de distintas advocaciones, y la tenia en fin dentro de su corazon. En sus grandes angustias, en sus mayores cuidados, lo mismo que en las horas que llenode amor de Dios suspiraba por la patria benaventurada volvia sus ojos al trono de misericordias, á la Virgen sobre toda hermosa: graciosa, y confiado en su interseccion, esperaba con ansia aquel día eterno, en que miraria en su divino rostro la sonrisa cariñosa que le embellece, y con el entusiasmo que inspir la gratitud en su última escala, y lo más vhemente del amor, la saludaría lleno de júbilo, como el sumo sacerdote de Bethulia á su libertadora Judit. Era preciso que se empuñara en promover y aumentar tan imporante devocion, y lo hacia con felices resultados, reencargando á sus hijos en el confesionario y á todos en lo particular



las piadosas prácticas consagradas al culto de la Reina del cielo; y que no desviasen sus ojos de la brillante estrella que señala el puerto en el mar de la vida, y esta Madre amorosa le favorecía siempre, y le consoló, particularmente en las épocas en que permitía Dios que su espíritu fuese en gran manera atormentado; porque su Magestad acostumbra podar la vid que dá fruto para que lo siga dando con mayor abundancia. Los que observamos de cerca, pudimos conocer algo de lo mucho que padeció y especialmente en sus últimos años. Algunas noches en las horas de silencio, se percibían aun de léjos los gemidos de su corazón oprimido de grandes angustias que purificaban su espíritu en el crisol de la desolación. Sus sollozos y su oración con frases que no se entendían y la agitación en en que estaba siempre, nos causó sensación tan amarga, que hubiéramos tenido consuelo en aliviarle un tanto, siquiera acompañándole personalmente; pero el respeto á su persona que en tales circunstancias parecía tomar un carácter sobrenatural, y el no agravar su dicción atreviéndose á presenciarse, nos hizo desistir de la idea, sobrecogidos de temo. Aquella amar-

gura aparecía al día siguiente en su semblante como en el del libertino las huellas del crimen, y quedaba sin las fuerzas morales necesarias para el desempeño de su ministerio, privándose algunas veces aún de decir misa, en cuyo sacrificio, según decía, encontraba solamente el consuelo de su alma.

Ocupado de estos sentimientos, apreciaba en lo que vale la mortificación de los sentidos, sentía y lamentaba no poco hacer los ayunos que manda la Iglesia, porque se lo prohibieron los médicos á causa de una diarrea y dolor que padecía; pero supo sustituir al ayuno otras mortificaciones con las que reducía su cuerpo á la gloriosa servidumbre del espíritu, aprovechando también las muchas amarguras con que Dios lo regaló en todas las épocas de la vida.

La virtud de la castidad no pudo serle extraña. En medio del trato con mujeres de todas edades y condiciones, y en el continuo desempeño del confesonario, que presenta lances difíciles y muy arriesgados, sus palabras, sus miradas y sus acciones, manifestaron bien claro siempre en todo tiempo, que su alma estaba embellecida con esa virtud noble y preciosa, que á su persona daba una nueva res-



petabilidad y á su sagrado ministerio todo el esplendor del sacerdocio.

Esta virtud celestial estaba á cubierto de los ataques de sus enemigos con el escudo de la humildad, con el broquel de la mansedumbre, porque ambas cosas formaban el carácter del P. Huesca. Parecía que las trajo desde el vientre materno, que habían nacido con él y que sin el trabajo de buscarlas, se encontraba rico con tan preciosas margaritas; pero no fué así, ellas se recomendaban tanto más, cuanto que fueron adquiridas á fuerza de continuos vencimientos y luchando contra los impulsos de un génio fuerte, vivo y delicado, que con los auxilios de la gracia logró dominar. El alto concepto que de él tenían los preladados diocesanos y la amistad que le dispensaban; la estimacion que se merecía entre las clases distinguidas; el respeto y veneracion con que los pueblos acataban sus virtudes; la honrosa fama que ellas esparcían aún en las ciudades donde solo era conocido en nombre; la misma altura á que lo colocaron en las augustas funciones de su ministerio; todo esto servía para que realzara más su profunda humildad, pues si á los ojos de todos era grande, á los suyos era muy pequeño. Por eso

le oimos con edificacion, decir cuando á su pesar sabia las caidas graves de personas distinguidas, las palabras que en iguales casos usaba San Felipe Neri; "Téngame Dios de su mano, porque si no, cometeré cosas peores." Y cuando leia documentos edificantes ó escuchaba los hechos virtuosos de otras almas justas, confundido y como avergonzado delante de Dios, repetía con sentimiento y lágrimas la confesion que en tales casos ponía la humildad en los labios del santo Abad del Clara-val: que se juzgaba falto de las virtudes que admiraba en sus hermanos, y con solo el nombre de monje. La memoria del P. Huesca recordará otros hechos que nos enseñaron que supo ahondar bien profundo el cimiento sobre que levantó muy alto el edificio de la perfeccion.

Cariñoso con todos, y sin esperar á que se implorase su favor; estaba pronto para aliviar la pena del que sufría. No solo los padres mercedarios, sino casi todo el clero de Puebla y aún los señores curas de los pueblos de la Diócesis, le buscaban frecuentemente, ó para consultarle los casos difíciles que el ministerio les presentaba, ó para interesarle en el éxito de algun grave negocio que les



desvelara, ó para desahogar en parte alguna pesadumbre mortal, y sus resoluciones, y sus consejos, y aun su conversacion, tranquilizaban las conciencias, alentaban los ánimos y volvian la paz perdida, porque tenia más talento que el que se adquiere á fuerza de estudios; poseyendo la ciencia infusa que Dios concede á sus escogidos; y él era en todo y por todo uno de los Pescadores electos á la márjen del Tiberiades, para ser los apóstoles fundadores de la divina religion del cielo.

Entre las prácticas piadosas con que alimentaba su espíritu y que le alcanzaron de Dios muy abundantes gracias, y para triunfar del demonio en los tremendos combates que frecuentemente le presentaba, dos fueron, entre otras cosas, sus predilectas, la salvadora devocion del Corazon paciente de Jesus y la del de su santísima Madre. Por muchos años acostumbró consagrar los Domingos á la beatísima Trinidad, los lunes á las santas almas del purgatorio, los martes á los coros angélicos, los miércoles á todos los santos de la corte del cielo, los jueves á la Sagrada Familia, iuclusos los padres de Señor San Joaquin y Señora Santa Ana, San Estolano, Santa Emerenciana, Yescá y Matan, á cuyo culto

dedicó el Camarin de la Santa Casa de Loreto, los viernes al sagrado Corazon de Jesus y los sábados al immaculado Corazon de María. El amor verdadero no puede estar oculto ni se puede disimular cuando se trata del amado y particularmente al recordarse las finezas y los heroicos sacrificios á que le ha empeñado el amor. Por eso los tormentos, los oprobios y la muerte de Jesus, conmovian tanto su corazon, y le consternaban tanto, que por más que se esforzaba en contener las lágrimas y en sofocar los suspiros, le era imposible conseguirlo, siempre se notaban tan expresivas emociones, cuando se trataba de la pasion de Cristo ó de los dolores de María. Tenia gran dificultad para contiunar el discurso, principalmente en las tandas de ejercicios que dió por mucho tiempo en la Merced, y en el retiro que en union de muchos acostumbró los dias de la semana Mayor, se le anudaba la garganta, y casi siempre acababan sus pláticas, los sollozos de los circunstantes conmovidos á la irresistible fuerza de la gracia que enmudeciendo al padre de que se trata, les hablaba tanto alto, y con tanta elocuencia y persuacion. Casi nunca leia en voz alta libros que tocasen tales materias sino que